

Mi mamá no hablaba mucho de ella, pero una de las pocas cosas que contaba, es que había sido despedida de la litografía Gilbert por un discurso enardecido que dio un 1º de mayo. Tenía tan solo 19 años cuando comenzó a publicar “La Alborada”.

Más adelante también, sus acciones permitieron la formación del Movimiento Pro-Emancipación de las Mujeres en Chile (MEMCH). Ella, construyó, armó, hizo que su entorno creciera. Me pregunto si habrá logrado manejar también, entre todos sus aportes, el arte de perderlo todo.

04 de Enero, 2022



Dana Hart

www.danahartescritora.com



Jeniffer Ilustra

www.jenifferilustra.com



El arte de perderlo todo

Tengo un libro abierto de Almudena Grandes. Me enganchó. Se llama "Inés y la alegría". No la conocía. Pero el día que murió, las redes sociales se repletaron con sus imágenes. Es trágico que el reconocimiento venga acompañado de la muerte. ¿Por qué no se lee a quienes viven? Una lista de los libros favoritos del señor de la biblioteca, revela que se trata siempre de hombres. Sigue sin leerse a las mujeres, mayoritariamente.

Cuando mi abuela escribía, la cosa no era muy diferente. Parece que sí, pero no. Ahora te pueden matar y en aquella época también. En toda época te pueden matar por lo que lees, o por lo que escribes.

Lo que sé sobre ella es bastante poco. No habla de sus anécdotas mi mamá ni el resto de nuestros familiares. Hacen de cuenta que no pasó nada. Debería haber, cuanto menos dos o tres ejemplares de "La Alborada" en casa y sin embargo no hay ninguno. Cero. Como si nunca hubiese estado aquí, como si nunca hubiese deambulado por estos pasillos, por esa cocina.

No sé si será mi espíritu opositor, pero desde pequeña me interesó particularmente, tal vez por el silencio que rodeaba a su figura.

Decían que la abuela Carmela escribía, pero poco hablaban sobre qué temas. Era un misterio. Por la única foto suya que hay en la casa, no parece que escribiera recetas de cocina. Es claro que ella tenía algo de subversiva, si es que se puede usar esa palabra. Subversiva.

Y la eterna lucha cotidiana: a veces cruda y amenazante, cuando en el alma de la mujer brotan algunos destellos de rebelión ante el despotismo del hombre, y más de las veces, pasivas y sumisas, dado el carácter que se nos ha inculcado, de soportar pacientemente todas las tiranías.

No hay que decir todavía que nos hemos emancipado y que nuestro grado de adelanto es mucho."

En ese sentido escribía y pensaba mi abuela. "No olvidemos que pende de nosotras mismas nuestro adelanto y ya es hora que pongamos todo empeño en obras que nos traerán claridades sublimes a nuestras mentes". Parece que ella tenía su propia teoría de la sublimación, sin haber accedido nunca a las obras de Freud. Era como una super-heroína de las vejadas trabajadoras.

"Debe, pues, la mujer tomar parte en la cruenta lucha entre el capital y el trabajo e intelectualmente debe de ocupar un puesto, defendiendo por medio de la pluma a los desheredados de la fortuna, a los huérfanos de la instrucción contra las tiranías de los burguesotes sin consciencia".

Qué lugar importante en la historia de un país, ser la primer mujer en publicar un periódico feminista con consciencia de clase.

Firmaba con la G. por su segundo apellido, Gómez. Nació un 16 de Julio de 1886 en Valparaíso y se casó con Manuel Shuman Hais, mi abuelo, un inmigrante libanés, con el que viajaron mucho tiempo vendiendo telas importadas.

“El ideal que en estos momentos preocupando a una parte de nuestro sexo, merece no solo nuestra atención sino también la de toda persona amante de la igualdad y adelanto de los pueblos. Ese ideal, la emancipación e instrucción de la mujer, ha sido en éstos últimos tiempos muy debatido. Muchos defensores ha encontrado; muchos han roto lanzas en pro de la emancipación de la mujer obrera. Pero... triste es decirlo, no se han dado pruebas de verdadera sinceridad.

Con dolorosa sorpresa nos hemos impuesto muchas veces, del comportamiento que observan en el hogar algunos valientes partidistas del feminismo que, públicamente, protestan del yugo ignominioso que sobre nuestras cabezas pesa y que en diarios y periódicos, piden una y mil libertades para su sumisa compañera de infortunio. Con el alma acongojada por el más cruel escepticismo, que nos hace dudar de todo, hemos penetrado en el hogar de uno de esos partidarios de la libertad de la mujer: La amante esposa, cariñosa y humilde, implora mudamente con tiernas miradas un poco de compasión o amor de su indiferente compañero; un poco de libertad e instrucción que le permita desempeñar su papel de madre con más capacidad.

Pero nada... el propagandista insensible del adelanto de la mujer hace sordo a los ruegos de su esposa y solo por única respuesta, obtiene las frases amargas e hirientes que le recuerdan la mísera condición de esclava. No ejerce, pues, la mujer en el hogar derecho alguno, ni menos es tratada con las consideraciones que merece, ni recibe educación en armonía con las ideas callejeras de su esposo.

O al menos, eso debe haber creído el gobierno, carabineros, o los sucesivos organismos de inteligencia que con seguridad la siguieron.

Varias veces la googlé y revisé la información que aparece, las cosas que cuentan que hizo. Muchas personas la admiran. Escriben artículos, algunos más buenos que otros, en los que dicen que ella fue la fundadora del primer periódico obrero, feminista.

Desearía tener más recuerdos de ella. Elementos concretos, vestidos, un collar, alguna alhaja que dejara en un rincón escondido. No por la plata o para vender, sino para conservar como algo mío, algo propio, algo de ella.

También me hubiera gustado conocerla más. Haber tenido la edad para recordarla con mayor claridad. Que me contara personalmente, siendo yo más grande, sus historias o me enseñara una de las tantas cosas que, se supone, las abuelas, transmiten a las nuevas generaciones.

Ella, ayudó a otras personas y dejó su huella en quienes la necesitaron, ese es el legado que me dejó.

Tengo que asumir la responsabilidad también, de haberme alejado de la familia. Es una decisión más o menos consciente, más o menos tomada por mí y más o menos tomada por las otras personas.

Dejé de poder tolerar ciertas actitudes, conductas, o formas de relacionarse. No soporto limpiar los baños, luego de que alguien más sale de ellos. La gente no tiene cultura higiénica.

Lo que sucede allí adentro, queda tras esa puerta en el más oscuro de los secretos. Pero el misterio lo resuelve quien entra, se arrodilla y tiene que limpiar los pedazos de caca pegados en las orillas de la taza. Ese es el sujeto de la revolución. Ella. La que se agacha allí, arrodillada, sosteniendo a este mundo de mierda con un papel en la mano. Para que cinco minutos después, alguien pueda volver a entrar a cagar, a mear, en absoluto silencio e impunidad.

Hay que agarrar un pedazo de papel confort, ponerle unas gotitas de algún desinfectante, que generalmente está escondido tras la taza o el lavamanos, y pasarlo primero por la tapa de la taza, luego tirarlo. Volver a tomar un pedazo de confort y ponerle unas gotitas más de desinfectante y pasarlo por la parte de la taza que no es tapa. E idealmente, repetir la operación, si se es hombre, con un pedacito de papel confort y unas gotitas de desinfectante, en el suelo, porque ¡tiran gotas de pipí al suelo! No sé en qué idioma hay que decírselos. Cada baño debería tener pegada esta instrucción.

Me alejé de la familia por no tolerar limpiar baños. Me alejé de los amigos, los candidatos a novio, los futuros pretendientes, de quienes me ofrecieron casamiento, o conocer a su familia. Me alejé de mi propia madre, por pasársela el día criticando mi aspecto, mi ropa, mi olor, mis comentarios. Decidí estar sola, por no tolerar cosas que a otras personas pueda que le parezcan coloquiales. He visto a otras mujeres soportar, lo que me da inmediatamente urticaria. Todavía no decido si eso es malo o es bueno. Necesito estar sola.

Necesito saber quién soy yo, cuando no estoy con nadie. Cuando no tengo que gustarle a alguien, o servirle a alguien, o ser aprobada por alguien. Quiero saber quién soy yo, cuando no hay nadie que esté de acuerdo o en desacuerdo. Cuando no dependa del cariño de nadie, ni de preguntar, ni de querer saber. Quiero saber quién soy yo, cuando la puerta no está abierta, ni está la mirada de un hombre haciéndome sentir linda o fea. Necesito saber quién soy, conocer mi propia historia. He estado entrando al sitio web www.memoriachilena.gob.cl, como si tuviera allí un secreto. Memorizo todo lo que puedo.

Averigüé así que mi abuela publicó “La Alborada” en Valparaíso y después en Santiago, entre 1905 y 1907. Nombran seguido a Esther Valdés de Díaz.

Fui, en varias oportunidades, a la Biblioteca Nacional, a revisar los ejemplares impresos. Me comí dos o tres piezas de mazapán del “Café Colonial” de la vuelta, cuando todavía existía y entré a la sala de mecanografiados de la Biblioteca, a pedir los rollos. Las dos o tres primeras máquinas en las que me senté no funcionaron, pero cuando al fin pude dar con una que tuviera buena la luz, me dio escalofríos leer los artículos.

Están firmados por ella, como Carmela JERIA G. Hay uno en particular, que fue el que más me llamó, poderosamente, la atención.